

PREGÓN DE LA FERIA DEL LIBRO 2017

Buenas tardes a todas y a todos, autoridades presentes, amigas y amigos, público en general. Gracias a la Feria del Libro de Granada de 2017, que propuso que esta tarde estuviese aquí para tratar de transmitir un amor: el amor a los libros, a la lectura, a la escritura.

Dicen que el hidalgo Alonso Quijano se volvió loco de tanto leer libros de caballerías. Yo creo que Alonso Quijano, leyendo se llenó de luz. Lo mismo que le pasó a Santa Teresa de Jesús, que en su niñez leía romanceros que su padre, muy aficionado a la lectura, tenía en casa: vidas de santos y tantas gestas de caballeros que también quiso iniciar una aventura junto con su hermano Rodrigo, un año mayor que ella. Y se escaparon de casa para convertirse en mártires y hacerse santos una vez alcanzaran tierras de infieles, pero fracasó la aventura, porque en su huida, los descubrió un familiar, al parecer ya cerca de las famosas murallas de Ávila. Aunque ella nunca dejó de leer ni de escribir y llegó, como todos sabemos, bien lejos. Mi hermano Antonio y yo también leíamos de jovencitos a Valle Inclán y nos maravilló e inculcó el virus de la lectura. En casa estaba la obra de Valle dividida en dos tomos. Cuando nos hicimos mayores cada uno nos repartimos uno para recordar aquella fiebre que padecimos. También por entonces leí a Lorca en la edición de Aguilar, que estaba en nuestra biblioteca y al mismo tiempo a Rosalía de Castro, en una Antología que nunca olvidaré. Mi primer libro llevó una cita de ella al frente.

Nacer en una casa donde hay libros, donde se lee, es un privilegio, pero tristemente hay muchos hogares donde los libros brillan por su ausencia y eso limita mucho a sus moradores. Hay muchos hogares donde no hay libros, pero sí televisión. Y la televisión procura atontarnos con programas basura que nos hacen perder el tiempo y llenar la cabeza de banalidades. Hoy nuestros niños se pasan la vida pegados a los móviles y en vez de leer tebeos o libros de aventuras viven enganchados al Whatssaps. Y lo que más me dolería es que nuestros futuros jóvenes dejaran de leer, porque eso los iría limitando infinitamente. Espero que no ocurra así.

El fenómeno de las redes sociales está en primera línea. La pregunta es si ayudarán a crear lectores o banalizarán la cultura. Por lo pronto está sirviendo para que algunos y algunas jóvenes poetas vendan miles y miles de ejemplares. Sus mensajes y sus libros se han vuelto, según se comenta, “virales” (¿querrá esto decir que se propagan como los virus?) Pero que se vendan muchos libros de poesía siempre me gustará. No sabemos adónde nos llevará este fenómeno, cuando más

bien se dice que la literatura y la filosofía han perdido gran parte de su aura y su influencia, y el poder que nos domina más bien parece querer que seamos analfabetos. Pero yo creo que nunca morirán los libros ni la lectura ni la escritura. Sea en papel, como a mí me sigue gustando leer, o sea utilizando el e-book u otros dispositivos electrónicos. Hoy en día la gente está muy sola y sigue necesitando comunicarse. Por eso se utilizan tanto las redes sociales o los blog para escribir, para leer, para estar en esta nueva y quizá falsa plaza pública donde nos encontramos cada día.

Por mi parte diré que casi todo lo que soy se lo tengo que agradecer a los libros. Porque lo mejor que tiene la lectura es que nos construye, que nos ayuda a encontrar nuestra personalidad, a ser como somos. Sin leer nos quedamos mutilados, no crecemos por dentro. Al nacer se nos da un nombre, una familia, una escuela, una sociedad que nos transmite sus valores. Ese nombre que se nos da al nacer nos crea en principio nuestro yo, pero ese yo resulta ser un yo prestado que, aunque no nos demos a veces mucha cuenta, entrará pronto en lucha con nuestro deseo de tener una personalidad propia, un yo propio, esa manera de llegar a ser uno mismo. Ese yo que verdaderamente dará sentido a nuestro nombre. Hará que nuestro nombre sea especial, sea propio de verdad, nos convertirá en dueños de nuestra vida o al menos de la manera en que queremos vivirla. Una forma de alcanzar cierta libertad interior dentro de un mundo que cada día se empeña más en convertirnos en esclavos. Porque la verdadera libertad y la verdadera vida nos la tenemos que construir nosotros cada día, cuestionando lo que nos ha sido dado socialmente, al nacer y al crecer. Y esa es una lucha cruel dentro de nosotros mismos y también dentro del mundo en que vivimos. Porque la libertad no se nos da, sino que se conquista. Y para esa conquista, qué duda cabe, a la literatura, la filosofía, el cine, a las artes, al pensamiento que han ido recogiendo los libros, le debemos todo lo que somos.

Ya estamos en primavera. La emoción que nos produce, por ejemplo, contemplar una rosa es fantástica, pero si por un acaso leemos el famoso poema de Francisco de Rioja, “Pura, encendida rosa”, que comienza así: “Pura, encendida rosa,/ émula de la llama,/ que sale con el día,/ ¿cómo naces tan llena de alegría/ si sabes que la edad que te da el cielo/ es apenas un breve y veloz vuelo... Y termina diciendo: “Tan cerca, tan unida/ está al morir tu vida,/ que dudo si en sus lágrimas la Aurora/ mustia, tu nacimiento o muerte llora.” Si lees este poema, digo, te tropiezas de pronto con una emoción que de alguna manera contiene la otra: la emoción de contemplar una rosa, pero transformada tan intensamente que nos hiere en lo más profundo y además nos sirve para reflexionar sobre la fugacidad de las cosas del mundo.

Eso es para mí la poesía: una doble emoción ante las cosas que nos rodean o que vivimos en nuestro interior y al mismo tiempo una reflexión sobre la vida. Eso es lo que crea la poesía: una

emoción nueva que tiene que ver con nuestra vida pero que es otra forma de vida y que a la vez, como digo, nos ayuda a reflexionar, a pensar.

Pero la poesía tiene otro secreto quizá el último y más oculto o acaso el más evidente, según como se mire.

Y ese secreto no es sino éste: la poesía no está en lo que decimos, en lo que se dice, está precisamente en lo que no decimos, lo que las palabras sugieren, lo que llevan escondido por dentro (“Porque uno solo tiene que aprender a sacarle lo suyo a las palabras”, decía Eliot). De ahí que el lenguaje de la poesía sea siempre metafórico, figurado, indirecto. Nos habla principalmente con imágenes, despertando imágenes dentro de nosotros. Por eso no importa mucho que al escribir poesía utilicemos o no las palabras de todos los días. Y por eso no hay palabras que se puedan considerar previamente poéticas o no poéticas.

¿Qué haríamos sin imaginación, sin estimularla como sabe hacer la lectura, la música, la pintura, el cine, el arte en general? Los libros nos acercan a todo eso, nos hacen vivir.

¿Qué hubiera hecho yo sin leer a Rosalía de Castro y sin leer a Emily Dickinson, dos mujeres poetas que despertaron mi conciencia de mujer y de poeta? ¿Qué hubiera hecho sin tantas otras mujeres poetas que más tarde fui descubriendo y disfrutando, todas ellas abriéndome caminos: Elena Martín Vivaldi, Angelina Gatell (que falleció hace muy poco) y su escritura lúcida y luchadora, o Julia Uceda, que recientemente el Centro Andaluz de Las Letras ha nombrado “Autora del año”, con una obra de penetrante conciencia que ha obtenido grandes reconocimientos, lo mismo que la de María Victoria Atencia, distinguida con el Premio García Lorca o el Reina Sofía y otras grandes recompensas que su exquisita obra ha ido mereciendo. ¿Qué hubiera hecho yo sin leer a aquellas poetas hispanoamericanas que me fascinaron: Alfonsina Storni, Delmira Agustini, la gran Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral... o más tarde a Rosario Castellanos? Podría seguir recordando a tantas otras poetas, españolas o no, cuya lectura ha sido compañía y estímulo para mi obra, pero no acabaría nunca. Lo mismo puedo decir de “ellos”, tan decisivos también en mi vocación de escritora. ¿Qué habría sido de mí sin leer a Garcilaso de la Vega, Góngora, Bécquer, Antonio Machado, Lorca, Miguel Hernández, Cernuda, a Eliot, Gil de Biedma, Ángel González o Bertold Brecht...? ¿O si en mi juventud primera, cuando perdida en un pueblo de la sierra, no me hubiera comunicado con un poeta sevillano, Joaquín Caro Romero, que me orientó en mis lecturas y con mis primeros y vacilantes poemas? Tampoco olvido a mis amigas y amigos poetas de Granada de los que tanto he aprendido y con los que tanto he compartido y comparto. Todos, ellos y ellas, estén aquí esta tarde o no, viven en mi corazón y sobre todo en mi pensamiento. Aunque solo voy a citar a nuestros Rafael

Guillén, Antonio Carvajal y Luis García Montero, los tres reconocidos con el Premio Nacional de Poesía.

La lectura multiplica la imaginación e intensifica la vida, el modo en que cada uno aprovecha el tiempo que se nos da para permanecer en el mundo, antes de que la muerte nos arrastre.

Es hora de decir que este pregón tiene una doble dedicatoria: primero se lo dedico a Juan Carlos Rodríguez, que nos dejó en octubre pasado. Catedrático de nuestra Universidad, concretamente de la Facultad de Filosofía y Letras, maestro de tantos, también mío, además de ser mi compañero en los últimos veinte y siete años de mi vida (más de treinta, si recuerdo desde que nos conocimos). Se lo quiero dedicar, especialmente por dos libros: *Teoría e historia de la producción ideológica*, su libro seminal que nos enseñó a leer a todos los que fuimos sus alumnos en los años 80 y a los que vinieron después. Quiero decir, que nos enseñó a interpretar los textos desde la ideología que los produce. También me parece imprescindible otra de sus publicaciones: *La norma literaria*. Pero el segundo libro que creo que más amo entre los suyos es *El escritor que compró su propio libro*, una lectura del Quijote especial, distinta. Desde sus presupuestos, desde su increíble lucidez. Pienso que no hay ninguna otra lectura del Quijote que se le parezca ni se le pueda comparar. Precisamente, el año pasado nos ofreció en la Feria del Libro una maravillosa charla sobre su Quijote. Y tengo que añadir que se le quedó otro libro que yo deseaba mucho en el tintero: un estudio sobre Góngora y Quevedo que estaba terminando y perfilando en sus clases y que nos ha dejado con la miel en los labios. Cuando Juan Carlos Rodríguez explicaba en la pizarra las Soledades de Góngora sus alumnos se quedaban absortos “entre espinas crepúsculos pisando”... como en el genial poema gongorino.

He dicho que este pregón tiene doble dedicatoria. También se lo quiero dedicar a una gran poeta que falleció en el año 1998, Gloria Fuertes, en este año que se cumple el centenario de su nacimiento, en julio de 1917. Tanto tiempo como se la estuvo considerando casi exclusivamente como una poeta para niños, que lo era también e ingeniosa como ninguna. Pero Gloria Fuertes tiene una obra muy importante y original. Una poesía de primera línea. Con ironía, personalidad y fuerza únicas. Coincidió con los poetas de la Generación del 50 y Gil de Biedma, uno de nuestros autores más grandes e influyentes, preparó una Antología de su obra, señal de que la consideraba y apreciaba el valor de una de nuestras autoras más auténticas y personales (sencilla, surrealista, feminista, subversiva, son adjetivos que se le han dedicado). La Antología se tituló *Que estás en la tierra*, y fue editada en la colección Colliure, de Seix Barral, en 1962. En esta época Gloria Fuertes estuvo viviendo y trabajando en los Estados Unidos, donde, tras conseguir una beca Fulbright, estuvo enseñando poesía española en la Universidad de Buck-nell, en Pennsylvania, adónde se trasladó a

principios de 1961. Allí trabajo casi tres años dando clases de literatura española y recitales por diversas universidades americanas.

Gloria Fuertes vivió la guerra y sus penalidades y la posguerra atravesó su obra y su vida. Como he dicho antes, se la ha tenido enmarcada durante mucho tiempo en el terreno inofensivo de la poesía para niños. Y aunque en ese territorio poético también destacara, por su humor, su inteligencia y ternura tan cercanas al mundo infantil e inocente, que amaba como nadie, hoy tenemos la obligación de rescatar y difundir su poesía, importante como la que más, pero que en su tiempo parece que no convino darle demasiados vuelos. Aunque Gloria Fuertes tenía una personalidad imparable y siempre fue un espíritu rebelde que nadó a contracorriente en aquellos años de miseria moral y material.

Publicó mucho y en importantes editoriales, aunque extrañamente su nombre –fuera de la fama que adquirió como autora de poesía y cuentos para niños, ya señalada- no sonaba como merecía. El libro que la consagró, y sin duda uno de sus mejores libros, fue *Poeta de guardia*, que apareció en la prestigiosa colección El Bardo, Barcelona, 1968. Muchas de sus obras, agotadas, se fueron más tarde recuperando. La editorial Torremozas, con Luz María Jiménez Faro al frente, creó la Fundación Gloria Fuertes, para reeditar y promocionar su poesía y también la colección de poesía del mismo nombre, que fue publicando sus títulos más importantes.

Recientemente acaba de salir un libro muy particular, muy interesante y raro por la forma de mezclar vida, poemas, fotos y de incluir también algunos poemas inéditos. Un libro titulado *El libro de Gloria Fuertes. Antología de poemas y vida* (edición y textos de Jorge de Cascante) que os recomiendo. Un libro donde se mezcla todo, como digo: poemas infantiles con otros durísimos, anécdotas de su vida, fotografías, páginas de diarios. Han tenido que pasar cien años desde su nacimiento para que se la tome en serio. A mediados de los cincuenta publica en la editorial venezolana Lírica Hispana su poemario *Antología y poemas del suburbio* y pocos años después *Todo asusta*, libros que no pudo ver publicados en la España de la dictadura. El humor y la conciencia se asocian en sus poemas.

Leo unas breves muestras de su poesía:

CRECIERON LAS AMAPOLAS

Me dijeron:
O te subes al carro
o tendrás que empujarlo.

Ni me subí ni lo empujé.
Me senté en la cuneta
y alrededor de mí,
a su debido tiempo,
brotaron las amapolas.

POÉTICA

No es todo hacer una poesía para el pueblo,
sino un pueblo para la poesía.
Por eso escribo para el niño
y para el adolescente,
que pronto serán ese nuevo pueblo decente.

Mi sitio es estar en medio del pueblo
y ser un medio del pueblo
para servir solo al pueblo.
Estoy con el pueblo de donde vine
y adónde voy para quedarme.

NO DEJAN ESCRIBIR

Trabajo en un periódico
pude ser secretaria del jefe
y soy sólo mujer de la limpieza.
Sé escribir, pero en mi pueblo
no dejan escribir a las mujeres.
Mi vida es sin sustancia
-no hago nada malo-;
vivo pobre.
Duermo en casa.
Ceno un caldo y un huevo
-para que luego digan-.
Compro libros de viejo.
Me meto en las tabernas,
también en los tranvías,
me cuelo en los teatros
y en los saldos me visto.
Hago una vida extraña.
... Soy más bien buen carácter,
y nadie dice
que desde que nací yo duermo sola.
... Soy alegre y afable en el invierno,
en el verano piso por la playa,
en el otoño pliso los visillos,
estoy como una cabra en primavera.

Y finalmente uno de amor:

PALOMAS

Mis manos son dos aves,
a lo mejor palomas,
que buscan por el aire
una luz en la sombra.
Mis manos al mirarte,
quedaron pensativas.
Yo temo que enloquezcan
si es que en ti no se posan.

Y para terminar, y como esta Feria del Libro lleva el lema: “Leer con los sentidos”, voy a leer un poema mío que habla de eso, de todo lo que nos entra por los sentidos en una clara mañana de amor. Es un soneto y se titula: “Soneto de tu nombre”:

SONETO DE TU NOMBRE

Quisiera que tu nombre pronunciara
todo lo que en la vida me rodea,
que lo diga la cal de la azotea,
que la ropa que escurre lo cantara.

Que la maceta, el sol, el agua clara,
el tejado, el jabón, la chimenea,
la sábana y el aire que la orea
y todo en torno a mí lo salpicara.

Quisiera que tu nombre fuera escrito
por el humo y la espuma, al mediodía,
poniendo en cada sílaba un exceso.

Y recibiera yo todo su peso
y la explosión de vida que me envía
con el mismo fervor con que hoy lo evito.

Ángeles Mora